

Ascensión al Mont Blanc (4.810m) sin uso de medios mecánicos



Componentes de la cordada:

Alejandro González Úbeda (14)

Nicolás Andreani Andreani (23)

Actividad presentada a las categorías:

- Mejor actividad Junior.

- Mejor actividad de montañismo y trekking

Números de federados:

Alejandro: 40395

Nicolás: 49127

ALPES

26 de AGOSTO de 2017

FRANCIA

Todo empezó una templada mañana, por no decir calurosa, del domingo 20 de agosto de 2017 en la que, a pesar del abundante equipaje que portábamos fuimos recogidos en autoestop por el primer vehículo de una larga lista que, enlace tras enlace, nos llevaron hasta Chamonix.



El viaje, a pesar de lo ajetreado, fue bastante tranquilo en general, pudiendo destacar, aparte de los tres días que nos llevó llegar al destino que, en la noche del segundo al tercer día, uno de los conductores que nos recogió nos dejó en la Junquera, con la promesa de recogernos al día siguiente para continuar el viaje con él directamente hasta el propio Chamonix. Aparentemente todo estaba solucionado, sin embargo, de este hecho hay dos cosas que contar: una, que a pesar de levantarnos bien temprano para llegar a la cita que habíamos concretado con él, nunca apareció; la otra, que no hace falta que os explique la clase de seres humanos que deambulan por el polígono industrial de ese punto fronterizo durante la noche. Esto nos hizo temer mucho por nuestra seguridad durante las pocas horas que pensábamos dormir, pero como siempre hay un roto para un descosido, al hacer lo que más nos gusta, es decir, levantar la vista para mirar a lo alto, vino a nosotros la solución perfecta: un vivac alejado de cualquier peligro...



Por fin, después de un día casi eterno de coches y más coches que nos iban acercando a nuestro destino, unos más y otros menos kilómetros, conseguimos llegar a Chamonix. Como uno de los retos de este viaje era hacerlo lo más económico posible dormimos, como todos los días, en alguna zona apartada y tranquila donde poder estirar nuestros sacos. El día siguiente lo dedicamos a descansar un poco, a hacer algunas compras de comida y a acercarnos a la "Maison de la Montagne" para ver la previsión climatológica de los siguientes días y que nos informaran de las coordenadas del punto de partida de la ruta que íbamos a seguir.



Una vez todo claro, o no tanto, porque el tema de la previsión meteorológica nos dejaba una exigua ventana de buen tiempo para el ataque a cumbre, hicimos noche en Chamonix y por la mañana tomamos un autobús hacia Les Houches (900 m), desde donde, después de esconder las mochilas de ataque repletas de material de escalada, para reducir el peso que íbamos a llevar hasta arriba (aunque seguía siendo demasiado para nuestro gusto), el día 24 de julio iniciamos la subida hacia la Tête Rousse (3.170 m). Hicimos la aproximación en unas 6 horas y media y llegamos con el tiempo justo de montar el campamento base antes de que anoheciera. Nuestro refugio provisional consistía en una tiendecilla para dos que situamos entre algunas rocas cerca del triste neverito que recibía el pomposo nombre de Glacier de la Tête Rousse.



La previsión para el día siguiente no era buena, así que entre eso y el cansancio de la pateada del día anterior, decidimos dejar esa jornada para dormir un poco y descansar todo el día, con el fin de afrontar el ataque a cumbre el día siguiente en las mejores condiciones físicas posibles y aprovechando que la meteorología para el día siguiente era buena.



Apenas es 26 de julio, suena el despertador a las 00:30. El cielo está despejado, la luna había salido apenas 8 minutos antes, en un cuarto creciente casi invisible...lástima...no iba a ser una buena compañera de viaje. A la 1:10am, salimos hacia cumbre. En nuestro camino nos encontramos con el Refugio de Goûter, de cuyo interior salían, a la par que nosotros pasábamos, guías con sus clientes dispuestos a luchar la subida y hacerse con la preciada foto en la cima de la cumbre más alta de la vieja Europa. Allí paramos para ponernos los crampones, ajustarnos las mochilas, y seguimos hacia arriba.

Hacia las 04:30am empezamos a echar de menos la poca luna que había; la cosa empezaba a no pintar bien. Una húmeda niebla comienza a instalarse a nuestro alrededor y empezamos a notar una brusca disminución de la temperatura, que junto a la humedad, nos hace sentir un poco de frío a pesar del esfuerzo. De repente, la cosa empieza a ponerse aún peor y empieza a precipitar en forma de nieve. No vemos ni respirar, tenemos que tirar de GPS porque la huella se ha borrado en algún punto y la hemos perdido definitivamente. Menos mal que esta situación duró poco ya que hacia las 05:30am, llegamos al refugio de la Vallot con una situación meteorológica bastante incómoda, entrando en él en medio de una ventisca que nos hizo pensar en que la actividad se nos había ido al traste.

Nuestra entrada al refugio de la Vallot pasó totalmente desapercibida pese a las reducidas dimensiones del mismo y a que dentro hay más cordadas, hasta 15, todas de entre 2 y 6 personas. A pesar de las condiciones en las que llegamos al refugio, intentamos ser optimistas y no nos quitamos la ropa...ni los crampones siquiera. Sin embargo, empezamos a hablar con las otras cordadas, de las cuales sólo una cordada de dos y un aventurero que iba sin compañía y que terminó uniéndose a la cordada de seis, eran españoles. La sensación general era de desánimo porque, además, no había guías entre ellos y la mayoría comenzaban a pensar en tirar la toalla y volver al campo base para intentar la ascensión en otro momento. Nosotros decidimos esperar porque había aún mucho día por delante para que mejorase el tiempo...jolín, levantándote a las 00:30 el día da para mucho...y a eso de las 7 comenzó a llegar algún guía que traía un parte meteorológico más reciente y que apostaba por subir. Sin embargo, el tiempo no mejoraba, así que decidimos descansar todo lo que pudiéramos y nos echamos una siesta...este término no tengo muy claro si es correcto dada la hora que era, pero a mí me supo como una de las mejores que me haya echado.

A eso de las 10:00 am, llegó el grueso de los guías que traían la idea de salir inmediatamente hacia cumbre. A esa hora, alguna de las cordadas que no se había parado en la Vallot comenzó a llegar de regreso desde cumbre, trayendo noticias de un tiempo no muy bueno, pero que parecía ir mejorando y aunque hacía mucho viento y la niebla no dejaba ver más allá de 20 metros, nos transmitieron la idea de que la cosa era posible.

Así que, aprovechando la salida de otras cordadas, algunas de las cuales llevaban guía, nos decidimos a afrontar la última parte de la subida. Nada más salir nos dimos cuenta de que no hacía tanto frío y que el viento era bastante llevadero. Comenzamos a seguir la huella de las otras cordadas que nos precedían y fuimos así alrededor de media hora. Entonces, no tenemos muy claro cómo, perdimos la huella y comenzamos a depender nuevamente de nosotros mismos. La niebla no nos dejaba intuirlos y sus voces no nos llegaban.

Y cuando nos quisimos dar cuenta estábamos haciendo equilibrios sobre la cresta de Les Bosses. En ese momento creo que agradecí profundamente que la niebla no nos dejara ver el patio. Atravesarla con esas pendientes a uno y otro lado, después del cansancio acumulado y la falta de sueño, podría haber sido bastante más complicado, es un paso de lo que no se habla mucho como complicado, pero tiene su aquel. De hecho, dos de los componentes de aquella cordada de seis que os decía se precipitaron por ella. Suerte que los compañeros pudieron hacerse con ellos y todos terminaron de vuelta al campo base. La mayoría del resto de las cordadas se habían dado la vuelta, así que sólo nos encontramos con estos seis, la cordada de españoles de dos y otras tres cordadas de dos, de las cuales una venía desde el pueblo y bajaba al pueblo corriendo, al más puro estilo Kilian Jornet y de la misma guisa en la que un par de días antes había fallecido un corredor en la bajada.

De aquí a la cumbre, aún quedaba un tramo de cuerda fija para salvar una grieta y continuar por una pendiente más inclinada y aunque la cuerda termina, el tramo más vertical continúa durante unos 20 metros que también tienen su gracia, sobre todo porque cuando lo estás subiendo sabes que vas a tener que bajarlo. Además, después hay otra sucesión de crestas y todavía queda una interminable media hora hasta la cumbre.

Finalmente, a las 12:00 del día 26 de agosto de 2017, Nico y yo hicimos cumbre en el Mont Blanc (4.810 m). ¡¡ Yo, que nací el 05 de septiembre de 2002, tenía sólo 14 años!! . Nos dio por reírnos y estuvimos un rato con una risa floja que no podíamos parar. La pena, es que la foto no era la que habíamos soñado y nos tuvimos que conformar con hacernos una, la que veis a continuación, porque sólo quitarse los guantes ya suponía un problema y, de hecho, a Nico se le dio la vuelta el guante y no hubo manera de arreglarlo, así que tuvo que bajar con su guante de reserva y otro que le dejé yo, pero pasó frío aún así.



La bajada no tuvo menos intrínquilis. Empezamos a descender las crestas y aquel tramo más vertical, que finalmente no resultó tan difícil, y parecía que la cosa iba bien. Sin embargo, al empezar la cresta de Les Bosses, el contrafuerte del crampón derecho se me suelta y se cae en el siguiente paso...toma ya...esta sí que no nos la esperábamos. Nico no se lo creía hasta que se lo enseñé. Justo en ese momento nos rebasaba la cordada de corredores y uno de ellos (gracias desde aquí) se paró para ayudarnos e hizo muy buen trabajo, permitiéndome seguir y aunque se me volvió a soltar a los 20 minutos, ya habíamos pasado los tramos más

comprometidos y estábamos a punto de llegar al refugio, por lo que decidí prescindir de ese crampon y con el otro y el piolet, pude llegar finalmente sano y salvo al refugio.

Una vez en el refugio, donde llegamos hacia las 13:30, la tensión y que me había hecho las anillas de la cuerda demasiado cortas, hicieron mella en mí y me encontré de repente con una especie de torticollis que me impedía girar la cabeza hacia ningún lado y sólo podía mirar hacia el frente. En esta situación, tras llevar ya 13 horas despiertos, nos planteamos si va a ser necesario hacer noche en el refugio de la Vallot, pero la idea nos va pareciendo cada vez peor y pensamos en el saco calentito que nos esperaba.

A todo esto, los teléfonos móviles nos habían jugado una mala pasada y estábamos sin batería. A mí me habían quitado un power bank que llevaba mientras esperábamos para subir, así que no tenía forma de cargarlo. Eran las 13:30 y nuestras familias esperaban noticias nuestras desde hacía horas. En un intento desesperado decido encender el móvil y oh, suerte, se enciende y queda algo de batería. Llamé a casa y liberé a mis padres de la gran preocupación que les embargaba.

Por fin, hacia las 16:00 horas, pese a que mi cuello no mejoraba y habiendo sido capaces de arreglar de una forma más definitiva el crampon, decidimos bajar a la Tête Rousse, camino que no estuvo exento de aliciente, porque de nuevo volvimos a perder la huella y, de hecho, Nico metió la pierna en una grieta, lo cual no tuvo mayor consecuencia.



Finalmente, después de una buena navegada con el GPS, durante la que, sin pretenderlo, hicimos cumbre en otro 4.000, el Dôme de Gôuter, que junto a La Grande Bosse y La Petite Bosse, suman los cuatro 4.000 que tachamos de la lista, llegamos al campamento base hacia las 20:00, hora en la que comimos algo rápido y nos fuimos a dormir reventados a la vez que muy contentos.



Al día siguiente, nos levantamos sin prisa, desayunamos algo, cargamos agua, recogimos la tienda y comenzamos a bajar hacia el pueblo. En algo menos de cuatro horas estábamos esperando en la puerta del Carrefour a que abriese, para comprar unas hamburguesas y celebrar esa importante cumbre.

El viaje de vuelta también fue en autoestop. Llegamos sin ningún problema a Madrid tres días después.

Dificultad técnica: IIº, PD. Máximo 40º de nieve y trepadas de roca. 26km con 3910m de D+ y 26km con 3910m de D-.